

fusas; en mi imaginación se dibujaban los cuadros más fantásticos, sucediéndose unos á otros con asombrosa rapidez, y en mi pecho ardía una llama sutil que gastaba mi vida.

Entonces el Amor, cogiéndome del brazo, me subió á la cúspide de una elevada pirámide, desde donde se veía á toda la humanidad.

A un lado se divisaba á Alejandro Magno á los piés de una doncella: aquel genio de la guerra, ante el cual temblaban los ejércitos, no pudo resistir la mirada amorosa de la bella Statira; y despues de subyugada la Persia, coge los laureles del triunfo y con ellos se rinde á la hermosa hija de Darío III.

A otro lado se veía á César olvidando su gloria adquirida en cien victorias y preocupado sólo con el amor de la caprichosa Cleopatra.

Por todas partes se distinguían escenas parecidas, y el amor, modesto en medio de su triunfo, me dijo:

—Mi voluntad es omnipotente, mi imperio es absoluto; el sabio y el ignorante, el rico y el pobre, el héroe y el vulgo, el tirano y el esclavo, todos me veneran y se postran ante mí.

—¡Oh, hermoso querubín!—le contesté,—tuyo es el mundo; la humanidad entera es tu esclava; ¡son tan dulces tus cadenas! ¡Feliz aquel que avasallado por tus encantos sólo vive para su amor! A tu mágica influencia el corazón se enardece, el pecho se inflama, la imaginación se aviva, el dolor huye, la esperanza nace, brotan las ilusiones, se olvidan los pesares, y en medio de los disgustos y sinsabores de la vida, se vive siempre dichoso, consagrándose por completo al ídolo que se adora. Un corazón sin amor, es una flor sin aroma, una estrella sin brillo, un sol sin luz ni calor.

Mas ¡ay! ¿por qué siembras la primavera de nuestra vida de hermosas flores, si luego torrentes de lágrimas las arrancan y deshojan una á una? ¿Por qué nos inspiras esas ilusiones arrobadoras, si luego terribles desgajones las desvanecen como el humo? ¿Por qué nos presentas á nuestros ojos bellos paisajes, risueño porvenir y un cielo de dicha que jamás podemos alcanzar? ¿Por qué nos ofreces siempre una felicidad que huye de nosotros cuanto más nos empeñamos en conseguirla?

El Amor, sonriendo dulcemente, dijo:

—¡La felicidad! Esa dicha infinita en pos de la cual corre afanoso el mundo, es una fantasmagoría; el hombre no es otra cosa que una linterna mágica; los ojos son los lentes, el corazón da la luz y la imaginación los cuadros: el que quiera ser feliz que mantenga viva la luz del corazón, sobre todo la luz más brillante y más hermosa, que es la luz del amor.

—¡Oh! si, sólo es feliz el que ama: es feliz cuando espera poseer el corazón de su amada; es feliz cuan-

do cree poseerlo: los celos y la duda son ligeras nubecillas, que lejos de eclipsar la pasión, contribuyen á embellecerla: á la esperanza sucede el amor; al amor sigue nuevamente la esperanza, y así turnando en el corazón le entretienen hasta llegar al sepulcro.

Al nacer principiamos por amar á un sér ideal que nos alienta, nos inspira, nos consuela, nos da la vida y que puede darnos la muerte.

Más adelante buscamos en la tierra á ese mismo sér, á ese mismo Dios, en que hemos soñado en nuestra infancia; y mientras el amor nos anima como la fe á los creyentes, vemos á nuestra amada en los dorados rayos del sol, en los vivos matices de las flores, sentimos su aliento en el céfiro, oímos su melodiosa voz en las sublimes armonías de Mozart, Beethoven y Bellini, percibimos los latidos de su corazón dentro de nuestro propio corazón, y en nuestro pecho resuenan los amorosos suspiros de su alma.

¡Ah! ¿Por qué ese ángel de amor á quien adoramos en nuestros ensueños de felicidad ha de ser sólo una ilusión? ¿Por qué la naturaleza no ha de crear esos divinos seres, que tan fácilmente crea la fantasía?

—Error, error... tu amada existe.

—¡Oh! si existe, ¿dónde está? quiero verla, quiero abrazarla aunque me cueste la vida.

—Yo te la enseñaré: sólo exijo una cosa.

—¿Cuál?

—La razón.

—Está bien; toma la *razón*, que enfría la cabeza y seca el espíritu, y dame el *sentimiento*, dame el amor, que enardece el corazón y embellece la vida.

Al cabo de un rato el mundo era un delicioso eden: flores hermosas, ambiente aromático, vistosas aves, arroyuelos de plata, cascadas de perlas, nada faltaba de cuanto en su delirio ha concebido la poesía. Mi amada apareció rodeada de diáfanas nubes blancas y bellas como la espuma del mar; la precedía el arco-iris, tenía por trono un sol y por diadema las estrellas; sólo un querubín la acompañaba; era el amor: una armoniosa y suave música encantaba mis sentidos, y cuando más arrebatado estaba por tan celeste visión, ¡ay...! ¡desperté!

Corrí desesperado á coger la paleta para pintar tan bello cuadro; mas ¡oh desdicha! no encontraba colores bastante vivos para retratar á mi amada; todo me parecía pálido y horroroso; en vano invoqué á los genios inmortales de la pintura; los pinceles se ponían cada vez más torpes y los colores más oscuros.

Entonces el amor se me apareció de nuevo ofreciéndome un ramillete de flores con una cinta de perlas.

—Toma, me dijo; aquí tienes el retrato de tu amada; en la frente la azucena, en los labios el clavel y en las mejillas la rosa.